

SEVERO SARDUY

COCUYO

Severo Sarduy, colaborador de esta revista desde los primeros números, vive en París pero también en México, donde sus libros se publican y se leen con fervor. Como las del largo y brillante ensayo que la Editorial Vuelta publicó el año pasado, Nueva Inestabilidad, las siguientes páginas son parte de la reflexión sobre el nuevo barroco iniciada por Sarduy

en La Simulación y que ha dado novelas como Colibrí (de la que nos ocupamos en Vuelta 97). Una reflexión, en este caso, narrativa y que se despliega morosamente sobre la página como una vegetación, dirían los clásicos, lujuriosa. Se trata de los capítulos iniciales de Cocuyo, la novela en que Sarduy trabaja actualmente.

UNO. PARA QUE NADIE SEPA QUE TENGO MIEDO

PERO, ¿Y QUIÉN es ese cabezón? ¿Cocuyo? Dios mío, yo lo creía más proporcionado, menos revigido, digamos, como un pequeño atleta griego de bronce con ojos de vidrio claro y tetillas de oro.

Me lo encuentro así, de golpe y porrazo, sentado en su orinal de loza gris pálido con dos asas —el bacín sobre un tinajón verdinegro; el todo bajo un flamboyán que se desploma con el peso de las cacatúas—, y lo primero que veo es su cabezota. Y como si no tuviera ojos, de tan chinos que son. Chino pelón. Si abre los bracitos, el pecho es bien flacucho: un ideograma de huesos. Sin levantarse del orinal, y agarrado de las asas, se deja rodar tinajón abajo. El bacín se hace añicos y queda pulverizado en más astillas de loza que las que tiene un autorretrato de Julian Schnabel; las nalgas de Cocuyo son dos lamperones morados cuando, a grito pelado, se lanza a correr por las losetas de distintos azules.

Las tres tías quedan tan alborozadas con ese descenso como si hubieran visto un oseño moteado deslizarse en carriola por las pendientes enmarañadas del Monte Carulé.

Las tías: todas de seda espejo. Debe de haber algún bautizo, o alguna fiesta parroquial discreta. Relumbran tanto al sol del mediodía, que hay que apretar los ojos para mirarlos. Además: tacones altos en piel de cocodrilo, con plataforma roja, carteras transparentes que llevan al hombro como si fueran cantimploras circulares para una sedienta expedición.

El maquillaje es claro: un poco de cascarilla y ya está; apenas un toque de mercurio cromo en los labios. Sí, debe de ser alguna murumaca del catecismo, o bien la llegada, desde la Madre Patria, de algún párroco robusto, que ya han visto en foto, sustituto anhelado del insulso confesor de feligresas biliosas en que se había convertido el precedente, después de medio siglo de contrariada evangelización.

Y cuando digo contrariada es poco: de nada sirvieron las eficaces rogatorias que desencadenaban rotundos aguaceros, ni el agua bendita dispensada sin miramientos, que sanaba instantáneamente chancros y llagas, y hasta la fiebre aftosa del ganado vacuno, ni las intercesiones mariales, prodigiosas para noviazgos enrevesados o reiteradas infidelidades; los catecúmenos siempre volvían a los *orishas* venerables escondidos arriba de los escaparates, herencia —con la piel canela y la bamba colorá— de algún antepasado cimarrón, sino de un bisabuelo que, por oriundo del África misma, era conocido en la barriada como un negro *de nación*.

El peinado de las tres deslumbrantes, para volver a ellas, merece una atención especial: hacia lo alto, claro está, pero en ondas platinadas sucesivas que se desencadenan en la coronilla en un verdadero ras de mar. Jarifas, el cuello muy erguido y tanta laca que no se les mueve ni un solo pelo.

Las tres cabezas, vueltas al unisino hacia el deslizamiento de Cocuyo con orinal y todo, eran como bruñidos esculturas de nácar y aluminio: diosas, por supuesto; hadas no creo; en todo caso, señoras benefactoras de los pobres, o artistas célebres aunque honestas. Se veía, porque no tenían los ojos pintados, ni un lunar sobre el labio.

Y si fumaban, era escondidas.

Pero volvamos a Cocuyo, que es, aunque reflejado en los otros y a veces deformado por ellos, el objeto de estos infundios. ¿Por qué se tiró, tinajón abajo, en aquel *fecal tri-neo*? Vamos a ver...

Para mí, que sintió la mirada de las tías acribillándolo desde las trincheras de los ojos, el espejo cegante de las sedas, como fognazos plateados, el índice anillado con amatistas relumbronas, que lo mostraba: "Míralo, míralo, cagando en el tinajón!" Fue un diminuto San Sebastián excretante, flechado en plena fechoría, un culicagado hazmerreír, fato in-defensa.

Fue su primer miedo. Miedo a la mirada: un chiquetazo de alfileres mojados en curare que lo iban fijando, crucificando, fosilizando en vivo, en lo alto de su doble trono.

Pegó los brazos contra el cuerpo, como si lo fueran a retratar. Sintió que no podía moverse. Quería hundirse para siempre en el tinajón, ahogarse entre ranas y gusarapos, llegar hasta el sedimento verde tornasolado del agua y, atravesando el fondo de barro, fundirse en la capa de tierra minera, ferruginosa y fría, y allí quedar acurrucado, feto arenoso, o herrumbrosa momia: a la vez prenatal y póstumo.

Sobre el tinajón había una tapa de madera claveteada que no podía levantar. Quiso entonces volar, anidar en las ramas rojizas, entre el mutismo de los pájaros atareados y la estridencia de las cacatúas, protegido por las anchas hojas de nervios amarillos: una boa enroscada defendería el tronco. Pero la defecación lo arrastraba hacia abajo, robándole algo de sí mismo, lo amarraba al tinajón; estaba cosido al suelo.

Fue esa doble aporía lo que lo decidió por el descenso diagonal orinalado.

Las tres resplandecientes, ahora que lo veían corriendo por las losetas de un azul a otro, como un alfil loco, hacia su madre, que ya lo esperaba con los brazos abiertos al fondo del pasillo —gritaba algo, pro no se entendía qué—, se miraban y hacían un gesto, con la mano derecha estirada hacia abajo y adelante, ondulando, como para indicar un zambullido, o la picada de un marlin pescador, o el salto de un salmón. Y luego levantaban las manos hacia el cielo y las agitaban, y también la cabeza, como diciendo: ¡No!

La madre de Cocuyo estaba en un cuarto destinado a los tejidos, junto a una rueca y varios hilos que caían, de todos los colores, desde madejas suspendidas a una tarima, antes de entrelazarse en un tapiz.

Según se calmó, el cabezón compensó su primera fobia con su primera elocuencia:

—Centímetro, centímetro —articuló esa palabra con toda precisión. Era la más impronunciable para su edad.

Al oírlo, la madre de aquel engendro ortofónico no atinó a más que a persignarse:

—¿Quién y cuándo —lo increpó, sacudiéndolo por los hombros; lo miraba a los ojos con insultante fijeza— te ha enseñado esas barbaridades?

Le restañó las nalgas con una esponja mojada en vinagre. Lo sentó en una sillita de mimbre.

(Una luz azulosa y láctea, en la que se veía en suspensión el polvo del terciopelo que forraba los muebles, entraba por un ventanal de vidrios espesos y armadura de hierro, a la izquierda del aposento).

Lo obligó a que se tomara un chocolate caliente.

Cocuyo miró en silencio los quitrines que pasaban por la calle; el excremento amarillo de los caballos ensuciaba los adoquines; llegaba hasta el recinto, filtrado por el ventanal, el repicar de los cascos. Distinguió quizás a lo lejos, como un tren de juguete, el tren del interior que subía a los elevados de madera negra y manchaba el aire azul de la mañana con nubarrones compactos de cisco y humo.

La madre siguió tejiendo. La rueca pareció girar sola. La impulsaba, en realidad, un gato barcino, jugando con un ratón invisible. O quizás con el espíritu de alguno de los roedores que exterminaban a diario. La ciudad estaba tan infectada por ellos que por la noche le pertenecía. Brotaban al crepúsculo, en procesiones lentas, con ojos brillantes, como atraídos por el olor del salitre. No se retiraban antes del alba, arrastrando hasta el fondo de las alcantarillas las migajas repugnantes de todo lo ganado en la noche laboriosa, a dentelladas incesantes, ínfimas.

Cada familia disponía de un matarratas de su invención —las bestias eran invulnerables a los que prodigaba el comercio, inmunes a los venenos conocidos—, que dispersaba entre los armarios y bajo las camas antes de acostarse y conservaba en la despensa, junto a racimos de cebolla que colgaban de horcones, jamones enteros para Nochebuena, sartenes de cobre, y alguna lámpara toledana de siete brazos, vestigio de la quiebra de un anticuario vecino, o del incendio lejano de alguna sinagoga.

Allí no paró todo. A los pocos días, como suele suceder por aquellas islas que derivan —balsas ahuecadas libradas a su propio peso—, el cielo se puso feo. Sí, nimbos tiepolescos, gris plateado con ribetes de oro, comenzaron a arremolinarse en torbellinos levógiros que se acercaban por el oriente. Soplaron ráfagas del norte, socarronas y heladas, que silbaban en las esquinas y arrancaban de tajo sombrerones de boda, con sus alitas de colibrí y sus racimos de cerezas barnizadas. Por el oeste se presentó un viento vultabajero, dulzón y azulado como el humo de las "culebras" de Partagás, que traía un olor a hojas espesas y recién cortadas, de textura carmelita rugosa y nervios gruesos. Por el sur, finalmente, llegó a la ciudad un rumor extraño, a todas luces enemigo, que nadie descifraba y del que nadie podía señalar la procedencia ni el sentido. Era un murmullo coral lejano, lleno de estridencias apagadas y de clamores mudos, como si desde la grisácea bóveda celeste cayeran, con desgarrados alaridos, los ángeles condenados. O aún más cerca: como si mataran niños debajo de una ceiba.

La gente claveteaba puertas y ventanas y tapaba con paños negros los espejos cuando le llegaban al oído los gritos de las ánimas, porque sólo a un ejército incorpóreo y torturado se podían atribuir los interminables estertores.

—Son los niños inocentes —decían—, asesinados por la Inquisición, que vuelven con sus cuerpos trucidados, pero con las voces que tuvieron en vida, a exigir justicia, porque la voz es lo único que queda intacto después de la muerte.

—¿Qué inocentes ni qué carajo! —aparece por primera vez en este relato, abriendo de pronto la puerta de la sala, para cerrarla enseguida con un golpetazo que casi fractura los vidrios, el padre del cabezón fonético—. ¡Esto es tiempo de ciclón!

El huracán que siguió valió al alfeñique facundioso su segunda fobia. Y su más solapada "actuación".

Todo empezó con una gran fiesta; las fiestas insulares: tristes y alborotosas. Las mujeres se ponían pantalones —habían

amanecido consultando el horóscopo y tomando jaibol, irritables y demacradas—, pañuelos de felpa en la cabeza y unos zapatones de madera, altos como zancos, que las mantendrían siempre en seco.

Soplaban las orquesticas barrioterías; reinaba ese desparpajo, esa desfachatez en camiseta sucia que caracteriza los días de duelo nacional, o de huelga. Los borrachos, sentados en las esquinas, abrían en público y sin el menor pudor —y luego las botaban al desagüe— botellas de cerveza que bebían con un mohín de asco y de un tirón, para evitar —y alzaban la mano, burlones y achispados— que se entibiaran.

Los negros viejos habían sacado a la calle, para escapar al calor estancando y húmedo que se pega a la piel entre dos ráfagas, frágiles mesitas de dominó. Sentados al revés, en tambaleantes sillas, tiraban las fichas con tal furia que parecía que iban a hundir la madera. *Blasfemaban por una blanca*; escupían por el suelo; tomaban desasogados traguetes de ron peleón esperando los aires frescos. Sintonzaban, a cada hora, el parte del observatorio.

Un cura meteorólogo daba por radio enrevesadas indicaciones sobre el trayecto de la tromba. Cocuyo, demás está decirlo, interpretaba para su hermana, adepta única de sus desciframientos, las alambicadas predicciones del párroco, que, a la vez precavido y docto, evitaba, con atinadas perfrasis, todo posible descalabro:

—El ciclón —aseveraba con voz metálica, asidua a la vez de los grandes micrófonos y del eco del púlpito— traza en su rumbo una espiral que se abre a partir del origen. Va siempre hacia el norte, como los pájaros migratorios después del deshielo. Lo único grave es la calma voraz del vórtex, ese silencio central que anuncia el segundo azote. Ahora bien —añadía, recatado—, ningún ciclón viene sobre ralles. En cuanto a decir la hora exacta de su paso...

La hermana, más conocida por la *ratona gallega* —porque así se disfrzaban para los entierros, cuando se quedaban solos en la casa, o para aplacar el tedio, no menos fúnebre, de las celebraciones escolares y carnavalescas— seguía minuciosamente con la mirada los menores gestos de Cocuyo, interrogante, mientras los adultos, gigantescos monigotes vestidos de limpio, con gestos entrecortados y voces chirriantes, tomaban sin cesar tazones de tilo, o de albahaca y yerbabuena, para apaciguar el previsible embate de los nervios.

Al mediodía, se reunieron en el aposento de tejer la familia y los allegados, cejijuntos y graves junto al ventanal cuyos vidrios desaparecían bajo una intrincación de bandas blancas y negras, crucificados contra los vientos con teipe y esparadrapo. Sintonzaron en el gran mueble de caoba la estación del observatorio. Con enrevesados cálculos dedujeron, escuchando los partes del párroco gongorino, la hora posible del siniestro.

La hermana se acercaba en puntillas, cariñosa, y tocaba a Cocuyo por lo hombros, como pidiendo explicaciones, con la discreción de un perro que da pataditas en el muslo a su amo y mueve la cabeza reclamando un terrón de azúcar.

—Murciélagos —le susurró entonces al oído el cabezón, insistiendo en la esdrújula y con la gravedad de quien otorga la solución de un enigma—. Pasarán murciélagos.

Se miraron entonces con zozobra.

Empalidecieron los dos.

Se escucharon sobre los techos, ligeras como gatos acróbatas, nuevas ráfagas.

En un santiamén sopló el huracán como un eolo endemoniado. Se cortó el mar y saltaron las crestas de las olas como si lanzaran escupitazos contra las fachadas coloniales de la acera de enfrente. Los pájaros daban gritos, volando a ras de tierra. Las palmeras comenzaron a doblarse, hasta que los penachos tocaron los tejados. A lo lejos, los postigos de una casa se desprendieron como soplados desde adentro y se lanzaron a volar en zigzag por los aires.

Por un ojo de buey que ventilaba el aposento —no abrían nunca el ventanal, ni creo que pudieran hacerlo: las pesadas cerraduras que bloqueaban los vidrios no eran más que un capricho de los amanerados arquitectos—, con el postigo apenas entrejunto, contemplaban por turno y consignaban a los boquiabiertos sedientos de noticias el ventolero panorama que los rodeaba.

Subían por una escalerita desplegable y sujetaban con fuerza el postigo circular para que no entrara un soplón demoleedor que arrasara con los retratos, un mapa descolorido, de letras góticas y un solo continente, y el arácnido lamparón de cobre que colgaba al centro, con restos —blandas estalactitas— de antiguos cirios.

Aún quedaba gente por la calle. La relatora encaramada, con un estilo encartonado y judicial, siempre crítica, era una de las tías; las dos restantes, desde abajo, apuntalaban las frases lapidarias con adjetivos socarrones y burlas inútiles, que esgrimían como amuletos contra el miedo.

Huían las familias enteras envueltas en manteles impermeables de un blanco metálico. Con los brazos abiertos, el padre los sostenía por las puntas delanteras. Los manteles flotaban con furia, como sacudidos por titanes coléricos. Bajo los rectángulos ondulantes, como azogados, la prole se apelotonaba llorando. Daban golpetazos en los portones que encontraban, suplicando abrigo.

Una tía (desde abajo, con sorna). —¡Como si no se hubiera anunciado bastante la llegada del siniestro! ¡O como si desde hace tres días no se hubieran puesto mohosos los cubiertos y los perros no hubieran perdido el apetito y el norte! ¡Qué se los lleve el viento!

La de arriba (después de un silencio). —Nada. Una calma.

Le llegó entonces a Cocuyo el turno del narrador. No es que tuviera ya acceso al mundo objetivo —en realidad sarcástico— de los adultos, sino que ya se contaba con su elocución, o con su labia. ¡Era un niño tan adelantado para su edad! La prueba: un rosacruz que se lo encontró en la calle lo tocó en la frente y exclamó: "¡Aquí brilla una estrella, con la luz de la inteligencia!".

Subió pues el cabezón, trabajosamente, los peldaños. La hermana parecía sostenerlo con la mirada. Llegó al puesto

de vigilia. Bajo la lluvia, la ciudad le pareció un tejido de bandas diagonales, de distintos colores pulverizados, pegadas sobre un fondo de cartón blanco.

De poco le sirvió esta vez la supuesta facundia. Sucede que, ante lo que hay que decir, las palabras se ablandan y cuelgan, flácidas y salivosas, como lenguas de ahorcados. Y es que lo que vio Cocuyo por el ojo de buey —en vano abriría y cerraba la boca, como un pargo arponeado, para consignarlo al coro inquisidor—, como se dice, no tenía nombre. ¿Cómo podré entonces yo, precario armador de jerigonzas, dar cuenta con vocablos de algo que sólo el silencio puede sugerir? Lo intentaré, pero del modo más anónimo, evitando toda posible *humillación del parco*.

El viento soplaba con tal fuerza que arrancaba los aleros de tajo. Volaban las tejas, manchones rojos en el gris de la lluvia, como semillas de granada; se pulverizaban contra los zócalos y las fachadas de azulejos. Los granizos azotaban el ventanal vendado con un redoble estridente y metálico, minúsculos tambores de hojalata.

Hasta aquí, todo lo que pudo contar Cocuyo —a su manera, claro está, y en un estilo entrecortado y gago— a los fervorosos de ingenuidades, que recibían con mil remilgos las suyas; lo que sí no pudo contar es lo que sigue: de uno de los techos, como se abre la hoja de una navaja, asomó primero, y luego se deslizó y salió volando, una plancha de zinc, que dio media vuelta en el aire y brilló como una daga de plata, antes de bajar en línea recta, como un relámpago... Y cercenar la cabeza de un negro que corría con un baúl en la mano.

En los espejismo de circo —Cocuyo había asistido a una matinée del Santos y Artigas—, la cabeza tajada con un redoble de tambores volvía imperturbable sobre el cuello de la regordeta albina que a diario se prestaba a tan vistoso ejercicio; la del negro, bajo la granizada, cayó sonriendo sobre el baúl, que el decapitado seguía sujetando.

Cocuyo quiso hablar, pero no pudo. Con la mano derecha de arriba abajo repetía un mismo gesto, como quien corta un árbol. Había quedado mecanizado, como un juguete de cuerda; afásico.

Sintió entonces eso que no sólo lo invadía, helado, desde los pies, anudándole los nervios todos del cuerpo; sino que se confundía con el cuerpo mismo, desbordándolo por todas partes, como una figura mayor que la suya y con más fuerza: de temblor y de frío.

Apartó la vista del circo sanguinolento, pero ya era tarde: las piernas le temblaban, le castañeaban los dientes, miraba al vacío como un bizco, o como un alucinado oyendo voces. La escalerilla misma comenzó a estremecerse, como si un benigno terremoto sacudiera los cimientos de la casa, y no un ciclón su tejado.

Viéndolo así, tan demacrado y mudo, mordisqueado por ronchas que se alargaban, como culebrillas coléricas, la familia, como siempre ante los *adefesios indefensos*, duplicó su crueldad.

Las tías emprendieron una *danza reprobatoria* —porque un machito, tu comprenderás, no puede ablandarse, y tiene

siempre que ir palante, como los tranvías; patrás, ni pa cojer impulso— y, cojas, carcajeantes, como Gracias deshuesadas, parodiaban las vacilaciones y el silencio del narrador, bailando en coro y emitiendo cacareos, cacofonías y chirridos de gajo.

El padre repetía “¡Válgame Dios, válgame Dios!”, arrancando con los dientes la punta de un habano y vaciando compulsivas copitas de coñac.

La madre impulsó la rueda vacía, y comenzó a mecerse sin ton ni son en un balance lleno de cojines, guardada de gatas parturientas.

La hermana lo tomó por el brazo, para ayudarlo a bajar los últimos peldaños. Le susurró al oído, cariñosa:

—¿Quieres tilo? ¿O el *Album de Oro Zoológico*, para entretenerte un poco?

Nada le contestó el hazmerreír de los adultos. Huyó a la cocina cabizbajo, ocultándose la cara, entre sollozos.

Solo en la cocina, con el trapo de secar la loza se enjugó dos lagrimones.

Se oían apenas desde allí las ráfagas, pero los cobres tintinaban, colgados a doseles de madera.

Contó a los miembros de la familia, incluyéndose.

Preparó sendas tazas de tilo.

Las espolvoreó generosamente con matarratas.

Con sumo cuidado, las dispuso en la bandeja.

—Para que nadie sepa que tengo miedo.

DOS.

SER OTRO

Alrededor de una fuente, como si buscaran su frescura para la fiebre, se alinean los enfermos bajo los portales, en camastros precarios, sin más aditamento que unos mosquiteros de tul rugoso que enrollan sobre un dosel durante el día y despliegan por la noche hasta tocar el suelo de ladrillo.

Junto a las camas se hacinan grandes jarras de cobre para las abluciones, platos, cánulas de lavado, frascos de loza blanca con ungüentos verdes, sanguijuelas ávidas de venas sobrenadando en un matiz, y un archipiélago de algodones manchados de pus, de saliva y de sangre. Más lejos, un ánfora de vino. Un búcaro de cristal con un lirio. Recorren los portales, siempre apresuradas y en el mismo sentido, fornidas monjas de pómulos rojizos y ademanes severos. Van recogiendo inmundicias y prodigando salves y consuelos. O saquitos de lana con piedras de alcanfor, que deslizan bruscas debajo de las almohadas.

Cierran con cuidado los ojos y amarran con un paño blanco la boca de los moribundos, para que la rigidez no las sorprenda; dan a chupar sal a los sedientos, atragantan forunculosos y anémicos de una sopa de pescado gelatinosa y quemante, que dispensan a empujones, con un enorme cucharón de madera.

Tan almidonados están los bordes de sus cofias poliédricas que los enfermos temen cortarse con su aleteo, cuando pasan raudas, atareadas como bibijaguas a lo largo de la noche.

Junto al surtidor central y salpicado por su juego de agua, yacía en el patio un cepo. Los niños enfermos retozaban a su alrededor y se acostaban complacidos en él, como quien se mece en un columpio ignorando que fue un cadalso.

Los siete alelados ocupaban toda un ala del cuadrado que los portales formaban alrededor del patio. Cocuyo era el primero. Estaba en un camastro destendido, con bombachos y un almohadón muy pesado sobre los pies.

El resto de la familia navegaba en su limbo, reía en sueños, roncaba en coro, alababa o reñía interlocutores invisibles, entreveía quizás ese paraíso a que aspiran los creyentes y que con frecuencia reviste la forma de un vergel.

El médico oficial y único del hospital provinciano acudió a las dos lumbreras ex-cátedra de la medicina insular, para replicar que elucidaran juntos y en el más corto plazo, el enigma de una familia, aunque salvada del reciente siniestro, abismada en una *somnolencia postictónica* sin mejora ni límites.

Vemos pues a los dos curanderos de espalda, avanzar por una alameda bordeada de palmas reales, hasta la entrada—donde el galeno se limita a recibirlos con un abrazo y a indicarles el camino con un gesto de pterapéutica impotencia—y luego hasta el patio de azulejos que centra el hospital.

Pero, ante todo, ¿quiénes son estos practicantes providenciales? Se nos aparecen como en fotos amarillentas, o en viejas postales descoloridas, rodeados de sus atributos, de sus trastos favoritos, como guajiros en una feria con cigarros de madera, cacatúas disecadas, gorras y sin embargo reveladores de una identidad.

Primero Caimán, el herborista, que es el que más cachivaches acumula.

Antes de que lo convoquen al hospital, para el delicado examen, Caimán se presenta vestido con lo que parece ser un traje azul oscuro con rayas blancas, espejuelos de aro redondo y corbata de seda que ornarn minuciosos tréboles de cuatro hojas. Los zapatos son de su misma piel.

Más digno de mención es el lugar donde aparece: en un sillón ortopédico. Y no es que sea lisiado, no; aunque es enjuto y oliváceo, todo estirado y en torceduras, largo y huesudo, de enfermo no tiene nada: el rostro desencajado y amarillento, y esa manía de tocarse con el índice desde el labio superior hasta el pómulo, son sus atributos de siempre. El fitoprático—o yerbero, para ser más claros—ha conservado, no se sabe muy bien por qué, todos los artefactos pterapéuticos de aquel tiempo en que, más que obedecer a la naturaleza en sus tortuosos designios, él pretendía, gracias a la mecánica, más bruñida y escueta, forzarla a seguir los suyos.

La casa—lámparas florales, bandaras en arabesco, vitrales opalinos y ese estilo vegetal nacarado, todo en curvas, que marcó exageradamente el art nouveau de las colonias—, está atiborrada de plantas secas, en sobrecitos de todos los colores; también de los restos ya desarticulados de esa quincallería clínica cuyas líneas, autoritarias de rectitud, rompen el encadenamiento o el lento oleaje de las volutas de cristal.

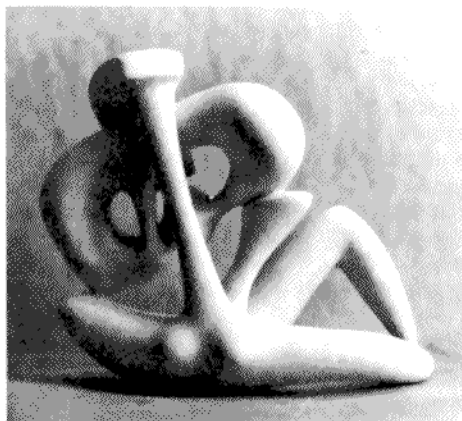
Tapizan el baño las repisas más enrevesadas, todas de cerámica brillante; en ellas secan hojas de eucalipto, un cundiamor, ortigas y caimitos con sus dos colores. El lavabo desborda de una infusión verdosa, a base de semilla de marañón, que ahuyenta las arrugas y las canas. Dos picos de cisne desaguan en el bidel.

Come, el galeno vegetal, en una camilla cubierta por un mantel de libélulas y lirios, que centra un búcaro opaco, de forma ovoide, con mariposas irisadas de Gallé. En un espejo cuadrulado espía sus propias jugadas, como si fueran las de un contrincante tortuoso, en el afebrado *solitario* crepuscular. Despliega las barajas en una mesa de disección.

Caimán—el agudo lector ya lo habrá notado—vive solo. Soñador, meditabundo, su diurna colección de yerbas lo lleva a perseguir la pureza primigenia, o la simplicidad del mundo, con la mirada estrábica de quien sigue los meandros que traza en su vuelo una mariposa con las alas mojadas. Temprano en la mañana, y como antídoto a sus peregrinaciones rurales, se masturba, hojeando una revista francesa de cuerpos desnudos y leyendas breves.

Su fantasía es siempre la misma. Se ve en su propia casa, pero con una máscara de tela verde y guantes transparentes, ligeramente rosados, sarando accidentados, aunque no se perciben heridas ni sangre por ninguna parte. Se unta las manos de vaselina para limpiar los bisturios y con los dedos va violando a los efebos, que gimen sin saber qué les ocurre. Luego, parece que van cediendo y a su vez se masturban. El galeno disidente se contempla de nuevo en el espejo cuadrulado.

El ejercicio de hoy lo ha extenuado. Caimán acude a un cocimiento de cáscara de guásima, luego, chupa una rama de canela. Va hasta el espejo. Contempla en él su imagen deshabitada, como nunca quiso haberla visto. Se toca con el dorso de la mano la barba incipiente, bastante blanca. Se acaricia con el índice el labio superior, y luego el pómulo, como siguiendo una línea recta marcada en la piel.



(Sale maullando, de una repisa, una gata homeopática).

Caimán decide, al menos por hoy, no afeitarse. Ya le da igual que se rían de él, que lo señalen por la calle y le griten "Caimán barbudo".

Isidro es el que enseña Anatomía. Vive rodeado de azafatas diligentes; por motivos estrictamente pedagógicos y con la compulsión de un bulímico que barrunta la escasez, junta cadáveres, que regatea en la morgue cuando nadie lo ve.

Es obeso, apesta a grajo; arrastra unas chancletas planas que el zapatero de la esquina y su mulato, no sin remordimientos, le han fabricado, deformando exquisitos modelos de Valentino, para que le quepan a esa bola de sebo los dilatados pies.

Tan minucioso era el caos republicano; los mítines, atracos, navajazos y troteos tan previsibles a cada día de Upsalón², y tan precaria y matutina la enseñanza médica oficial, que los matasanos en ciernes acudían por docenas al antro enratonado que Isidro había armado en su propia casa para prodigar, a quienes pagaran por ello, su afrancesado saber en el pestilente arte de la disección.

Con batas blancas almidonadas y una untuosidad obispa en los ademanes —"La Medicina es una sacerdocio"—, recibían al atardecer, en el anfiteatro doméstico, los rudimentos anatómicos que le valdrían años más tarde la patente de sanar.

Un sistema de diapositivas en colores, y la traducción memoriosa de la *Anatomía de Testut*, debidamente trufada con los apotegmas del mecanicismo más moderno, permitían al obeso, armado de un puntero, mostrar en la pantalla la corriente alterna que une secretamente el piloro al cardias, el arco voltaico que va de las aurículas a los ventrículos, o el magnetismo intermitente que a la vez comunica y opone los dos hemisferios del cerebro. Había visualizado sobre las fotos estas intensidades en forma de curvas perfectas y discontinuas, como las que dibujan los metales pulverizados entre dos imanes, o bajo la rotación de un cono pendular.

En la cocina adjunta al anfiteatro —entre las dos piezas chasqueaba, con el paso obsesivo de un perro sarnoso, una cortina de canutillo— una gallega encbollada, y anatómica a su modo, con un moño doble y un sartén en la mano, degollaba gallinas, freía camarones en una salsa roja y homeaba galletones con mantequilla para la frugal comida del chancletero.

Cuando le disgustaban los burdos entremeses de la gallega, o los domingos, que ésta pasaba en los suburbios, del otro lado de la bahía, visitando a su Dositeo —le llevaba, en un cesto de mimbre, vino de papaya y dos higados de pollo con pasas—, Isidro recalaba en "El Floridita".

—Dame, por favor —recitaba el obeso al sentarse, acezante por el maratón que era para él llegar desde la entrada hasta la mesa—, el trago que lleva el sobrenombre de esa María, reina de Inglaterra y de Irlanda, que no vaciló en martirizar protestantes ni en ejecutar a su rival al trono, además de un arzobispo y otras trescientas personas...

Cuando tomaba el primer sorbo, se concentraba entonces el gourmet, más que en la langosta con ajillo, o en el lechoncito asado con hojas de guayaba y nadando en casabe, en el escote generosamente abierto de la joven camarera zerlinesca

que desde sus comienzos y con carcajadas zalameras lo atendía y fingía comprender sus acertijos etílicos —para ella escabrosas alusiones a su busto y postrero.

En el fondo del escote, entre dos esferas nacientes nacaradas y túrgidas, con reflejos azulosos a la Rubens, se adivinaban los encajes diminutos y ligeros del ajustador. El obeso trataba de respirar hondo, cuando la azafata se acercaba para servirlo, el aroma, que presentaba ambarino y almizclado, de los senos, pero se lo impedía, con su tufo insistente, la salsa anaranjada del camarón.

Su concepción puramente electro - magnética de todos los fenómenos había llevado a Isidro a la práctica de la radiestesia: era un adepto al péndulo de cobre, que desplazaba sobre el cuerpo desnudo de los pacientes, buscando el sitio en que se alteraba, o cambiaba bruscamente de sentido su rotación.

Pasaban también por el péndulo, vaya usted a saber por qué, sus fantasías más secretas. El cuarto Bloody Mary, que ya reclamaba sin ambages, y la proximidad cada vez más ofuscante de la camarera, lo llevaban infaliblemente a su domical nirvana: la veía a la vez frente a él, sirviéndole el aperitivo, y acostada desnuda en el anfiteatro vacío. Con el péndulo iba recorriendo, sin tocarlo, su cuerpo tembloroso. Cuando las rotaciones se aceleraban pegaba la oreja derecha a la piel para oír su sangre, el rumor de su venas, y luego seguía el recorrido hasta volver a la escucha de su respiración, al crujido de sus cartilagos, al flujo de su linfa, a la cal de sus huesos: todo el farrago infinitesimal de la vida misma.

Así podía, sin el penoso impedimento de los efluvios culinarios, olerla toda, aspirarla detenidamente, medir con el olfato su piel, hasta en lo más húmedo y recóndito, en las paredes mismas del sexo; podía escuchar el rumor de los pelos del pubis bajo el lóbulo de su propia oreja. Y todo eso sin que nadie, ni siquiera ella misma, lo supiera, entregada como estaba, inocente, a la detención radiestésica. Por un pequeño retraso menstrual.

Según se dio cuenta de quiénes eran y a qué venían los peritos en postración, el cabezón comenzó a hacer alarde de gravedad: el matorratas espolvoreado, que no sólo destinó a los otros, lo hundía en el mismo letargo que a ellos, pero no en la rigidez catatónica que de inmediato adoptó. Los doctos se encontraron ante un muñeco de madera con los ojos muy abiertos mirando al cenit y un hilo de baba transparente y morada cayéndole de la boca. No lo inmutaban las moscas, ni siquiera la campanita de la monja distribuidora de guarapo, tan lancinante y chillona que sacudía hasta los agonizantes.

—Catalepsia precoz —diagnosticaron los expertos al unísono.

Se sentaron, una vez el veredicto promulgado, a un lado y otro del camastro, Isidro y Caimán. El obeso se sacó el péndulo del bolsillo derecho del pantalón y lo suspendió en el aire, observándolo con calma, como si quisiera comprobar el funcionamiento impecable de las leyes de la gravedad.

Caimán catalogaba en mente diversas pócimas tonificantes o resucitadoras, todas a base de un vino francés, el *Castillo de los Mil Sacudimientos*, que a pesar del estado inerte

—leñoso, diríamos más bien— del joven paciente, insistía en darle a beber. Y lo que es más: con mucha canela en rama, ron y azúcar prieta.

Pierde al impostor su mismo exceso, y al simulador su celo. Isidro fingía estudiar el vaivén del péndulo; en realidad, con una astucia de pájaro de presa, observaba detenidamente al cabezón sin que éste se supiera observado; Caimán estaba fascinado —o aparentaba estarlo— por las yerbitas de un verde obscuro y rugoso que con sus minúsculas flores moradas crecían en las junturas de los ladrillos que bordeaban el patio, planta exótica y casi extinguida, cuyo brote no se debía sino a la asepsia del lugar.

Más, a pesar de esas indagaciones halógenas, según lo escrutado, comprendieron los dos —y se miraron rápido y de reojo, como dos culebras cómplices ante una perdiz— que algo no giraba en redondo en este extraño caso de *oniromanía familiar*.

Las revoluciones del cono de cobre fueron lentas ascendiendo a lo largo del cuerpo de Cocuyo, pero al llegar a la altura del corazón el regulador dio un sobresalto de conejo asustado: se paró en seco, quedó fijo unos segundos y comenzó a girar enloquecido y al revés. Es que la sangre latía con fuerza y fluía a borbotones en ese cuerpo fingidamente cadavérico.

Se volvieron a mirar, con la misma sospecha, Isidro y Caimán. El herborista decidió retornar al patio, en prospección botánica aparente; para "concentrarse en este enigma y resolverlo en el acto", en realidad.

El recorrido pendular de padres y hermana no arrojó nada más que esa lentitud de giros, torpe y enredada como el habla de un borracho, característica de ese letargo que —debido a las perturbaciones magnéticas— se apodera de los cuerpos sensibles después del paso de un ciclón, y que la pócima no había hecho más que agravar.

Más revelador fue el "mapa radiestésico" de las tías, envueltas las tres en el mismo letargo, como en el rojo lacre de la misma frazada. Sobre todo gracias al interrogatorio "ligero" que lo acompañó y cuyas respuestas se obtuvieron a fuerza de gritos en el oído, sacudiones y cachetadas.



Las relumbronas exigían "que las dejaran en paz, que necesitaban dar un cabezazo", creyendo que se encontraban lavando ropa sobre las piedras blancas de un gran río, a la hora de la siesta, después de un suculento bacalao.

De ese triple penduleo inquisidor se derivaron —contaba el radiestésico, tomando como testigo a su invitado, el eximio herborista, a los mozos boquiabiertos, incluyendo la operática salsera— *verdades incontornables*. Y subrayaba sílaba por sílaba. Ya le habían asestado por tres veces, con angostura y sales de apio, la sangrienta poción.

La azafata lo escuchaba con los ojos muy abiertos, y sin saber por qué, dejó caer sobre el mantel la salsa de soja que debían alinear un filete de gérmenes de trigo, preparación especial —y para ellos, contra - natura y a todas luces vomitiva— que un cocinero aleccionado había guisado para Caimán. Antes de limpiarla le dio un tirón hacia arriba al lazo de seda que le cerraba el escote.

—Pues sí señor —continuaba el herborista, retomando, como si lo hubieran ensayado durante toda la vida, el largo monólogo del radiestésico: una dramática concordancia de pseudo - galenos ya infatuados por lo que el *Diario de la Marina* calificaba como la ínclita contribución de ambos al "entuerto del siglo" —, pues sí señor, ya no se podía pensar más, como ingenuamente lo hicimos al enfrentarnos con aquel cuadro que todo el mundo consideraba insoluble, que se trataba de ese reflejo mórbido que el azogue, corrompido por las perturbaciones magnéticas del huracán, proyecta en los cuerpos vulnerables.

—¡No! —retomaba Isidro, agitando el índice derecho en el aire—. Una de las parcas lo aseguró entre dos ronquidos innobles: habían obturado cuidadosamente y desde la mañana, con un brocado negro, todos los espejos.

Prolongaba un silencio lleno de suspenso. Miraba interrogante a los sirvientes intrigados. Un traguete más. Mientras tanto, Caimán proseguía, exaltado por la fascinación que el dúo suscitaba en los escabechados oyentes:

—La succión nocturna de ciertos murciélagos, como ya sabían muy bien los siboneyes, que la restañaban al alba con flores de azafrán, deja a sus víctimas adormiladas y exhaustas. Pero no presentaban los atónitos del caso que nos ocupa ni la más mínima traza de perforación yugular. Por otra parte —sabiendo que estos chupadores prudentes siguen acechándonos— la familia no había descuidado la defensa de la casa con profilácticos dientes de ajo³. Algo pues, y era la única solución que nos quedaba, había afectado al caudal linfático de todos los miembros de la familia y por igual: pócima cataleptica o hipnosis masiva. O hasta la picada de un mosquito infectado por un virus letal. —Ya me devanaba los sesos —Isidro, después de exigir salsa Worcestershire en el próximo trago— cuando de pronto uno de los tres *esparteros ensimismados* abrió los ojos y reclamó de Cocuyo... ¡otro tilo! Fue entonces cuando, como un relámpago, se produjo el chispazo de la verdad entre dos polos de distinta carga: por una parte, teníamos la simulación, sí, la simulación catatónica del cabezón, que es la del que tiene algo que ocultar y con esa

rigidez rechaza todo posible interrogatorio; por otra, la sedativa y sin saberlo reveladora petición de la tía.

—¡Criminal! ¡Criminal! —grita Isidro, señalando a Cocuyo y tirando con rabia el péndulo por el suelo en medio de un reguero de monjas que huían azoradas.

—¡Monstruo! —lo secundó Caimán desde la fuente, donde sus cavilaciones botánicas lo habían llevado a la misma conclusión, y al mismo tiempo que el obeso.

Desde el ala opuesta del patio, la de los leprosos, con las manos en bocina ante la boca, entreabriendo los mosquiteros, rostros cerosos o sulfurados uluraron de inmediato:

—¡Al cepo! ¡Al cepo! —aunque no sabían a quién se acusa-ba ni de qué.

¿Conocéis el pelele de los tapices goyescos, que salta sobre un mantel agitado por cuatro campesinas? ¿O esos acróbatas chinos que parecen jiribillas rebotando contra un bastidor tenso? Pues así saltó Cocuyo, sin mantel y sin impulso, del pobre camastro que lo albergaba, cuando se vio designado por los brazos descomunales del radiestésico y el herborista.

—Con este salto queda probado —el obeso habla ahora ante un aula repleta, sin diapositivas; agita en la mano el péndulo como si fuera un puntero; no interrumpen el silencio sepulcral del sitio más que lápicos y suspiros: los devotos consiguan con los primeros y acatan con los segundos las sabihondas evidencias del catedrático—, y probado de modo fehaciente, que la energía contenida en la *simulación catafónica*, puede, gracias a esa conversión histórica de que habla Charcot, transformarse en *agitación tremens*.

—Se ha visto el caso —el perro sarnoso puntuaba sus sentencias agitando la cortina de canutillo, un tufo de ajíaco llegaba desde la cocina— de monjas teresianas que, sin ser acróbatas, han pasado sin transición del éxtasis a la flexión compulsiva: babeando y con los ojos vidriosos se doblan hacia atrás... Llegan a pegar la cabeza a los talones.

Dejemos por un instante, suspendido en el aire, antes de que recaiga, al culpable cabezón. Un instante que nos servirá para analizar la situación, para desenredar, si se puede, la gordiana madeja de este personaje "familiar" —como dijo *La Marina* en su titular—, y sin embargo "vulnerable, frágil incluso, siempre cariñoso, a veces ejemplar".

Se defiende el inocente, o el que cree serlo. Contesta a las acusaciones el que conserva un atisbo de pureza, un resto de bondad original. Pero el culpable absoluto, o el que sospecha serlo, no puede más que callarse, volver la cara, esquivar la injuria, huir. Por suponer su falta imborrable y creerse perdido para siempre, salta como salta el pobre cabezón. Es de la reprobación y del asco de sí mismo de donde le brota esa energía saltatoria. De nada más, créanmelo. Así como es la necesidad *urgente, urgente* —se repite a sí mismo esta palabra— de ser otro lo que explica esa capacidad de desdoblamiento. A tal punto, que puede visualizar su propio cuerpo en lo alto. Y lo siente tan sucio y condenado que ya no es más que una silueta de carbón, un trapo sucio, un peso inútil, negro.

Recae en el camastro cuando ya el denunciador y su compinche que se acerca con un mazo de yerbas moradas, seguido por algunas monjas sofocadas y sanguinarias, se aprestan a darle caza. Los dedos purulentos lo señalan de nuevo:

—¡Miren bien al monstruo! ¡Quiso matar a toda su familia con una pócima endemoniada! ¡Que pague, y bien caro, su crimen, envenenador diabólico!

El chino pelón rebota, como un muñeco lleno de aserrín. Sin fuerza. Sin ninguna fuerza. Y la poca que le queda, la emplea para correr.

Atravesó el patio en diagonal, los gritos acusadores de los leprosos le cayeron encima como una lluvia de piedras ardientes y de ceniza a través de la cual lograba apenas moverse; una parálisis que conocía muy bien lo iba ganando, tetanizando de trecho en trecho, subiéndole desde los pies.

Trataba de ganar a la carrera la puerta de azulejos, pero sentía que las piernas ya no le respondían. Entonces, como en un sueño, intentaba gritar. Abría la boca, expulsaba aire desde la garganta, desde el pecho, desde el vientre; pujaba fuerte. Nada salía.

Sentía como una evidencia que su cuerpo era una demasia, un exceso inútil o mórbido que mejor sería eliminar para que el mundo recobrar su equilibrio, su armonía inicial.

Era como si algo, o alguien, reclamara urgentemente su exclusión, su eliminación en aras de la limpieza y del Orden ideal. Imaginaba una mano fuerte, musculosa y aséptica, una mano de atleta que, con un gesto displicente del dorso, arrojara de un mármol impoluto un insecto asqueroso, una larva, el escupitajo de un loco, algo abyecto y sin embargo visible, central, atrayendo como un blanco todas las miradas: algo que hay que extirpar.

Desde el ala de los leprosos, agarrándola como pudo con sus muñones sanguinolentos, una vieja con la nariz devorada por el chancero le tiró encima una jarra de lavado con su manguera de caucho, repleta de un aguaje alcalino que logró salpicarlo y cuyo contacto le provocó un deseo irreprimible de vomitar. Luego, la misma carcomida, corrió hasta su cama, vociferando insultos o canturreando sarcasmos con una vocecita aflautada; regresó rápida con un mago podrido, que también le lanzó.

Afortunadamente, Cocuyo ya había franqueado la puerta y se encontraba en la plazoleta del hospicio. Antes de salir se volvió por última vez hacia el sector de los aletargados. Tuvo la impresión fugaz de que su hermana se despertaba y miraba inquieta a su alrededor, buscándolo.

Poco a poco, la ciudad se recuperaba del siniestro. Los comerciantes, entre dos sollozos, evaluaban las pérdidas.

Estaba en la calle. Era de mañana. Llegaban, desde un mercado cercano, los pregones de los pescadores; las ruedas de los volantes chirriaban contra los adoquines. Los colonos atareados se arremolinaban alrededor de un traficante de esclavos. Probaban el sudor de las negras, regateaban, se las llevaban hacinadas en una carreta hasta los lejanos ingenios, donde iban a apilarlas en malolientes barracones. Llegaban también hasta la plazoleta, como estampidos de color, los

reflejos al sol naciente de los toldos que cubrían las vendutas: lona amarilla que devolvía la luz o la arrojaba contra las fachadas encaladas, sobre las pirámides de mamey o de piña. En medio de una quincallería de oro el viento deshacía los montículos de polvo morado y rojo para las ofrendas.

Sentía, en medio de la muchedumbre, la escoria de su cuerpo, la sensación de arrastrar una suciedad o un peso del que no podía librarse: lo rodeaba la culpa como un aura opaca; una lepra invisible le devoraba la piel. Tenía hambre y sed. Quería jugar con alguien. Ver a su hermana. Escuchar el paso de su padre por el pasillo de la casa, el temprano ajeteo de su madre en la cocina, la lechuza que desde la ceiba del patrio lo despertaba a cada noche, la música lejana de una guitarra, el paso traspapelado de los borrachos cantando. Quería dormir mucho. Morir y volver a nacer, volver al estado que precede al nacimiento y sucede a la muerte. Quería des - existir. Ser otro.

Se encontraba perdido entre los mercaderes de la plazuela, en un tumulto de compradores, paseantes, huidizas monjas, grumetes, cuarterones rascabuchadores, rateros, barajeras, amoladores, brujos, médicos astrólogos, herboristas, marmeros y esclavos. No sabía a dónde ir ni qué hacer. Sabía, eso sí, que ya nunca más tendría casa ni familia, ni lugar de reposo, ni de origen. La fuga lo había desraizado, lanzado a un exilio sin regreso. Aunque acababa de abandonarlos, ya le parecían muy lejanos, como un recuerdo impreciso, casi como un sueño, el regazo de su madre, la voz de su hermana, una cama repleta de regalos, y, al levantarse, el olor del pan con aceite salado y el tazón de café.

Estaba demacrado, tembloroso, de una blancura mortuoria; sentía que alguien lo iba a agarrar por el cuello, como un gato, y suspenderlo en el vacío, para dejarlo caer de muy alto y estrellarlo contra los adoquines, y ver saltar los chiquetazos de su cerebro y su sangre.

Se acurrucó junto a una fuente de mármol con cuatro del-fines, cuyos borbotones frescos trataba de alcanzar. Los mendigos suplicaban mehdrugos, y hasta doblones, a los caleseros acicalados con chaquetilla y bombín; del hombro de una criolla resbaló un mantón de manila y cayó en el estiércol.

Recogió al pobre Cocuyo una negra que pasaba, anciana y pulcra, toda vestida de lino blanco y con un turbante de seda. Llevaba collares, aretes y pulseras de caracoles diminutos, también blancos, que sonaron al oído de Cocuyo, cuando lo levantó para acariciarle la cabeza, como las marugas de su infancia, como el rumor maternal.

—Yo no puedo ocuparme de ti, mi hijo —le susurró compungida, mientras le alisaba el pelo con las manos—, porque ya tengo bastante con los que Dios me ha dado y esperan en el solar. Pero te voy a llevar a una casa muy grande y muy linda, con ventiladores en el techo y nevera y todo, donde una señora blanca, bondadosa y limpia como ella sola, te va a dar un vasito de *crema de vie*.

NOTAS

- ¹ Dice Gustavo Guerrero que "el martín pescador muere ciego". Tanto se tiran al agua que se queman los párpados. A él se lo dijo un pescador de la Laguna de la Restinga, en la isla Margarita, Venezuela.
- ² La Universidad de la Habana en *Paradiso*. Aquí aparecen dos décadas y una dictadura después: los pitagóricos debates lezamescos se despliegan bajo Machado; este amanerado melodrama bajo Batista. *Nota del editor*.
- ³ Así funciona la clarividencia. No sabía, el pobre yerbero, que con esas sospechas, aunque luego descartadas, confirmaba las predicciones de Cocuyo cuando, al escuchar el parte del Observatorio, lo había interpretado como el anuncio de una invasión de murciélagos. Ni el propio vidente sabe lo que dice —lo digo por experiencia propia—. No hay ciencia capaz de enderezar *el abstruso lenguaje de los vaticinios*.

